

BOLETIN

DE LA

INSTITUCION FERNAN GONZALEZ

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

Año XLVII

Segundo semestre de 1969
Dep. legal BU-7-1958

Núm. 173

EL RECINTO CIDIANO BURGALÉS



Desde el mes de julio de 1955, decora y da prestancia a la plaza más concurrida y céntrica de Burgos, la bronceada efígie de Myo Cid Ruiz Díaz, cuya diestra, empuñando la espada, en ansias de combate, parece señalar a los suyos, a los «que comieron su pan» y le confortaron con su ayuda, amistad y calor, en los días amargos, el camino hosco pero, por fin, glorioso del destierro; destierro que por el esfuerzo armónico e impulsivo, del cerebro que manda, y el brazo que ejecuta, habría de convertirse en gesta memorable e impar.

Ya volvió el Cid a esta su vieja Burgos, tras ingrata y secular ausencia. Los finos, más reciamente fríos, aletazos del cierzo burgalés, olean, desde hace catorce años, el simulacro magnífico y airoso, como siglos atrás olearon la faz noble, enérgica e intonsa del mejor caballero de Castilla. Pero el Cid no está solo, sino que cerca de él, integrando el, con feliz expresión, conocido por «recinto cidiano», al que sirve de esplendoroso marco o de vía triunfal, la centenaria fábrica del puente —hogaño— de San Pablo, —antaño— «de los predicadores» o monjes dominicos, se alzan, curtidos ya por hielos y ventiscas, hasta ocho bellos y colosales simulacros, de otros tantos famosos personajes, unidos a Rodrigo, los unos por la sangre, otros por el amor, y unos y otros por el servicio y por el noble afecto. Todos merecieron que la Historia recogiese sus nombres y diese me-

recida perennidad a su ilustre memoria en justa recompensa a los sonados hechos que el servicio del Señor de Vivar realizaron.

Estos ocho artísticos y recios simulacros, obra del cincel inspirado de Joaquín Lucarini, erguidos sobre sólidos y elevados pedestales, dan prestancia y honor al «recinto cidiano», a la vez que acompañan y rinden pleitesía a la bronceína efigie del Cid Campeador, al que amaron en vida y habrán de acompañar en el correr pausado de los años futuros, integrando, tan lucido conjunto, una ejemplar estampa de amor y de afición.

¿Quiénes fueron, en su vivir terreno, estos ocho memorables personajes, a quienes en pétreo efigie, puede hoy contemplar y también admirar por vista de ojos, todo aquel que discurra por la vía cidiana? Aunque lo acaecido constituye una realidad extraña y lamentable, es lo cierto, que pese a los 14 años transcurridos, desde que en el recinto quedaron asentados, hasta el momento actual, los ocho personajes allí representados, continúan en lamentable y tenaz anonimato, ya que fueron estériles las reiteradas súplicas, elevadas hasta los integrantes de los tres Ayuntamientos que desde 1955 a 1969, gobernaron la vida ciudadana de la vieja capital de Castilla, para poner el obligado remedio a este estado de cosas.

No es —ciertamente—, ni la primera ni aun la segunda vez, que mi modesta pluma solicitó —como algo para el buen nombre de Burgos conveniente— la enmienda de esta tan lamentable inhibición por parte de los constituyentes de la Corporación municipal burgense; no fui escuchado, mi voz clamó en desierto. Por ello, y para paliar siquiera sea en parte, la dejación ajena, quiero —lector— ofrendarte mi propia aunque modesta acción, dándote a conocer aunque con torpe pluma, qué representan y qué significación humana y espiritual abarcan, todas y cada una de las ocho estatuas que enmarcan y decoran, en feliz conjunción con la del héroe, el «recinto cidiano», más bello y más completo que hoy exista en el mundo. Mano, pues, a la obra, dando comienzo a esta noble faena iniciando el relato con la descripción del simulacro representativo de la esposa del Cid, primero de los que se encuentran ubicados en la margen derecha del puente de San Pablo (1). Justicia y galantería, a la par, así lo exigen.

DOÑA JIMENA. — No es la Jimena Gómez, hija del Conde Lozano, de nuestro «Romancero», la hembra adusta y bravía:

(1) Los términos derecha e izquierda, se han de considerar, caminando desde la plaza de Primo de Rivera, hacia la del Conde de Castro.

... ..
... ..
que puesta delante del Rey
d'esta manera le ha hablado:
Con mancilla vivo, Rey
con ella vive mi madre
cada día que amanece
veo quién mató a mi padre.
... ..

sino Jimena Díaz, señora «regali género nata», «de regia estirpe nacida»; «hijodalga leonesa», como fruto del matrimonio integrado por el Conde de Oviedo, Diego Rodríguez, y Cristina, nieta de Alfonso V de León; estando, pues, muy próximamente emparentada con Alfonso VI de Castilla, pese a lo cual, el monarca, airándose violentamente, contra Rodrigo, por las delaciones de «malos mestureros» (envidiosos, cizañeros), trunca con violencia e injusticia, una felicidad conyugal, en plena florescencia.

Viste, la noble dama, un ceñido brial, cubierto con un cumplido manto de mangas perdidas. Su bellissimo rostro y largas trenzas, completado el conjunto por las dos simbólicas palomas, evocación de la felicidad conyugal y de sus dos maternidades femeninas, consigue infundir al masivo conjunto, un efluvio de feminidad, plenamente logrado, pese a la forzosa solidez y tamaño del simulacro pétreo.

EL ABAD DON SANCHO, DEL POEMA; SAN SISEBUTO, ABAD DE SAN PEDRO DE CARDEÑA, DE LA HISTORIA.—Simpática y atrayente figura de la gesta cidiana, que henchida de amor cristiano y de cordialidad caballeresca hacia el Campeador y su familia, en los días primeros y amargos del destierro, ofrece el seguro de la casa abacial que gobierna, a la esposa y a las hijas del Cid, y aun recibe, gozoso, a éste y a su mesnada, cuando han de iniciar, obligados por la ira del rey, su duro e incierto caminar, para ganar honra y prez a bote de lanza y filo de su espada. El glorioso cenobio de San Pedro de Cardena, es como el primer hito que jalone y enmarque la figura del Cid, en su áspero peregrinar por tierras de Castilla, primero y después por reinos aledaños, esparcidos por la geografía de la España de otrora. Así vemos que:

«Quando llegó a San Pedro, el buen Campeador
el Abat Don Sancho, christiano del Creador,
rezaba los maitines, a buelta de los albores,
y estava doña Ximena, con cinco dueña de pro,

rogando a Sant Pedro e al Criador:
«Tu que a todos guias, val al Campeador.»

E inmediatamente:

Llamavan a la puerta, — i sopieron el mandado;
Dios, qué alegre fo — el abbat don Sancho!
Con lumbres e con candelas — al corral dieron salto,
con tan grant gozo reçiben — al que en buen ora nasco.
—«Gradéscolo a Dios, mio Cid, — dixo el abbat don Sancho;
«pues que aquí vos veo, — prendet de mí ospedado.»

En San Pedro de Cardaña y ante la presencia de este discreto Abad, tiene, más tarde, lugar la despedida de Rodrigo y Jimena, tan tierna, ejemplar y emotiva como la legendaria de Héctor y Andrómaca, en la Iliada famosa, del poeta de Chios. Los metálicos badajos de San Pedro, despiden, graves y quejumbrosos al Cid y a sus leales, al iniciar el caminar amargo del destierro:

«Tañían las campanas en San Pedro a clamor.
Por Castiella — odiendo van los pregones,
comme se va de tierra — mio Cid el Campeador;
unos dexan casas — e otros onores.

.....

En el seguro amable de Cardaña y bajo la paternal y vigilante tutela del buen Abad don Sancho, viven, vida apacible la esposa y las hijas del Cid, «mi corazón y mi alma», hasta que años más tarde, y cuando el desterrado, es ya, a fuerza de conquististas, que ni aun soñadas pudieran haber sido, dueño y señor de territorios ricos y placenteros, al monasterio envía a su «alter ego», Alvar Fáñez Minaya, para recoger a estos seres queridos y, a la vez, enviar al Abad bueno y hospitalario, un muy rico presente:

Ciento omes le dio — myo Cid a Aluar Fáñez
por servirle en la carrera — a toda su voluntad,
e mando mil marcos de plata — a Sant Pedro levar,
e que los quienientos — diesse a don Sancho el abbat.»

El simulacro del venerable y hospitalario abad, aparece esculpido con suma sobriedad. En la mano diestra empuña el báculo, emblema de la autoridad de su cargo eclesiástico; en la izquierda, una copa, representación simbólica de la hospita-

lidad, virtud que tan ampliamente supo ejercitar con el Cid y los suyos. Las líneas escultóricas, acusan con sencillez buscada y felizmente lograda por el hábil artista, un aspecto de bondad y humildad evangélica tan propia de quien se creía llamado a ejercitar una misión de paz y de amor evangélicas, en aquellos azarosos momentos que Castilla corría.

ABENGALVON. — Rey moro de Molina. Fue, a no dudar, varón de raras prendas, pues sólo así se explica que el Campeador, enemigo mortal y debelador incansable de las fanáticas huestes agarenas, se entregase a esta amistad, de manera absoluta y sin reserva alguna:

«Vayades a Molina — que iaze mas adelant,
tiénela Abengalvon — mio amigo es de paz;
con otros ciento caualleros — bien vos consigra.»

Ordena el Cid a los suyos, cuando su mujer y sus hijas «mi corazón e mi alma», caminaban gozosas, hacia los vergeles valencianos que su marido y padre para ellas conquistara.

Al llegar los emisarios de Rodrigo ante los recios muros de Molina, Abengalvon sale a su encuentro presuroso como reza el romance:

«Batiendole las ijadas
con los duros acicates
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo
que tras de si deja el aire
por la plaza de Molina
Abengalvon cabalgaba.

... ..
... ..

Y al conocer el deseo de su amigo querido de que acorra a su mujer e hijas con escolta de cien caballos; galante y generoso:

«Ciento le pidieron — mas el con dozientos va»

Y más tarde, cuando doña Jimena y sus hijas, acompañadas por los caros amigos de Rodrigo, Pero Bermúdez, Martín Antolínez, el obispo D. Jerome y Alvar Fáñez Minaya, su guardián y compañero amable, desde que abandonaron los páramos bravios de San Pedro de Cardeña:

«Vinieron a Molina — que Abengalvon mandaba, entrados son en ella. — con buena e rica casa el moro Abengalvon — bien los servía sin falta De quanto que quisieron — non allí ovieron falta.»

O sea, que el munífico regulo, regaló, en su ciudad, a damas y a guerreros, con regia esplendidez, y no bastándole esto, acompañó al lucido cortejo hasta Valencia, donde el Campeador le abraza agradecido y trata de hacerle magníficos presentes, que el molinés rechaza cortesmente, tornándose con su lucido séquito de doscientos soldados, a su amada Molina.

Entonan el simulacro de este gran mahometano, esculpido todo él en líneas de airosa sencillez, la llave, símbolo de la hospitalidad, empuñada en la diestra, y detrás, un cuerno de la abundancia, símbolo, a su vez, de la generosidad y liberalidades ofrendadas a los familiares y amigos del burgalés insigne.

EL OBISPO DON JEROME O DON JERONIMO DE PERIGOD. — Francés traído a nuestra Patria, por el Arzobispo de Toledo D. Bernardo. Prototipo de clérigo a la vez luchador y piadoso, y por ende, capacitado para organizar y regir una diócesis erigida entre los estruendos de combates y luchas incesantes.

El juglar del poema, muestra su complacencia hacia este personaje y hacia sus nobles prendas personales, en versos tan encomiásticos cual lo son los que aquí van copiados:

«En estas nuevas — todo se alegrando,
de parte de orient — vino un coronado,
el Obispo Don Jerome — so nombre es llamado.
Bien entendido es de letras — e mucho acordado,
de pie e de a cavallo — mucho es arzeziado.»

Y más adelante:

«Plogó a Albar Fáñez — lo que dixo don Rodrigo:
A este Don Jerome — yal lo otorgan por obispo;
diéronle en Valencia — o bien puede estar rico.
¡Dios que alegre era — tod el cristianismo,
que en tierras de Valencia — sennor avie obispo.»

Per seguramente, antes de asentar don Jerome su sede de manera permanente y pacífica en la hermosa Valencia, e indudablemente, para justificar aquello de ser «muy arzeziado», acompañó al Campeador en las jornadas sangrientas y difíciles de los cercos de Almenara y Murviedro, olvidando, siquiera

de modo momentáneo, la cruz para empuñar la espada, compartiendo con el héroe la honra y la dureza de herir en la batalla, al decirle:

«Por eso salí de mi tierra — e vin os buscar,
por saber que avía — de algun modo matar;
mi orden e mis manos — querialas ondrar.»

En el simulacro, el artista ha sabido captar, diestramente, las peculiaridades inherentes a la dignidad eclesiástica de su representado. Don Jerome, con su mano derecha, abraza, fuertemente, y en lo alto, una cruz, al paso que en la izquierda, empuña largo báculo, emblema litúrgico del obispo. Sus pies, hollan un abultado cáctus, en la cual planta, oriunda de Africa, quiso el escultor simbolizar a las hordas almorávides, maltrechas y diezmadas en las cruentas y reiteradas luchas, en las que el esforzado y reñidor obispo, tomó, en más de una ocasión, al lado y a las órdenes de su gran amigo el Cid Campeador, una parte vivida y efectiva.

SIMULACROS DE LA MARGEN IZQUIERDA

DIEGO RUIZ DE VIVAR. — Hijo queridísimo y malogrado del invicto Caudillo castellano, cuya muerte prematura a la par que gloriosa, empapó de dolor el resto del vivir de sus progenitores. Abatido, en el alborear de una existencia que por herencia y nombre hubiese llenado, con gloria, páginas destacadas de nuestra historia patria, que infortunadamente, pudo, tan sólo, asentar en sus páginas, la trágica noticia de su muerte, peleando, en el ejército de Alfonso VI contra las huestes almorávides de Jucuf, en la sangrienta rota de Consuegra, 15 de agosto de 1097.

No asistió el Cid, que tantas veces hiciera morder a la morisma el polvo del desastre, a este fatal y luctuoso encuentro, y no asistió por que se lo impidieron los pesados cuidados y graves preocupaciones de gobierno en su reciente conquista de la hermosa Valencia, como así nos lo afirma el juglar, al decir:

«Yo fincaré en Valencia — que mucho costado me ha,
grand locura serie — si la desamparad.»

Pero al no poder asistir él personalmente, envía a la mesnada real, a su hijo querido, quien al entregar su vida por la Patria, en los albores de una juventud bella y prometedora (hacia los 22 años, en opinión del maestro Menéndez Pidal),

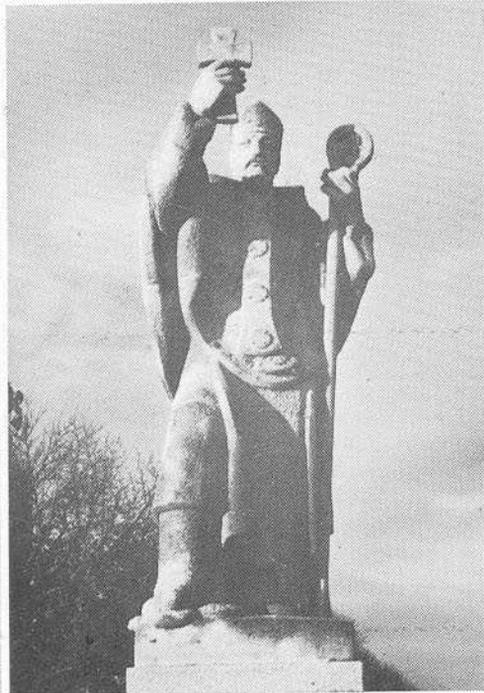
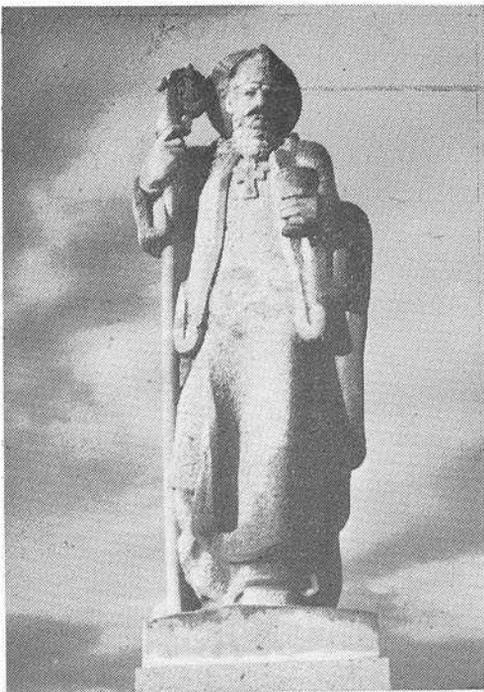
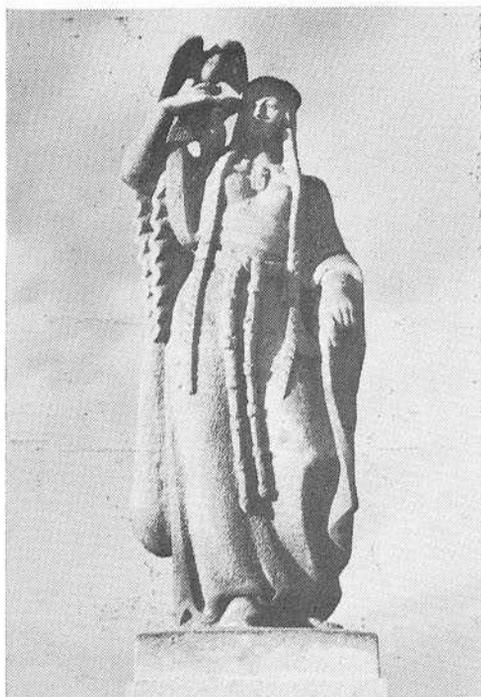
torció, quizá, los rumbos de la historia de España, sumiendo en el dolor a los pueblos y a las ciudades fieles al cristianismo.

Su simulacro constituye uno de los más bellos ornatos del recinto cidiano y señala, en unión del de su madre y el de Martín Antolínez, en la opinión modesta del cronista, los tres máximos aciertos del cincel inspirado de Joaquín Lucarini; quien como muy bien dice, ha sabido infundir al bello simulacro la apostura juvenil y arrogancia que le venían de estirpe, logrando a maravilla destacar, sin extremismo, la indiscutible gallardía castrense que, como a hijo de tal padre e invencible guerrero, habría de exigirse. Completa y estimula el obligado ademán de una marcialidad digna y acompasada, el doble apoyo que le ofrecen la espada y el escudo, atributos guerreros que perfilan y encuadran la figura arrogante y juvenil de Diego Ruiz de Vivar, caído por Dios y por Castilla, en los más bellos y prometedores días de su vida.

MARTIN ANTOLINEZ, O «EL BURGALÉS COMPLIDO». — Memorable y famoso personaje —cuya historicidad va ganando terreno día a día—, quien en aras de una amistad a prueba de órdenes y amenazas, aunque ellas fueran regias, procura, al Cid y a los suyos en aquellas horas amargas de inicio del destierro, no tan sólo el pan y las vituallas que puedan servir de refrigerio a sus cansados cuerpos, sino, a la vez, el alimento espiritual de su aliento y su guía. Veámosle, tal como nos le pintan los ásperos pero bien expresivos versos del Poema:

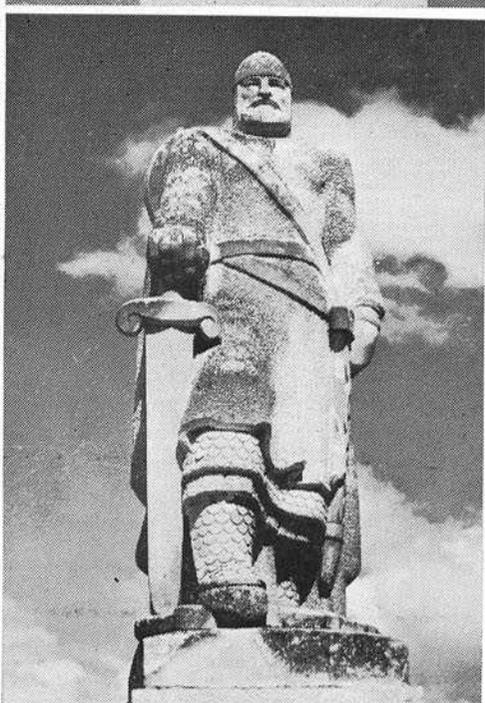
«Martín Antolínez — el burgalés complido,
a Myo Cid e a los suyos — abástaes de pan e de vino;
non lo compra — ça él se lo avie consigo,
de todo conducho — bien los ovo bastidos.
Pagós Myo Cid — el Campeador complido,
e todos los otros — que van a so servicio.
Fabló Martín Antolínez — odredes (oíreis) lo que ha dicho
«Ya Campeador, — en buena ora fostes naçido!
«esta noch yogamos — e vayámosnos al matino,
«ca acusado seré — de lo que vos he seruido,
«en ira del rey Alfons — yo seré metido.
«Sin con vusco — escapo sano o bivo,
«aun çerca o tarde el rey — querer má por amigo;
«si non, quanto dexo — no lo precio un figo.»

Sabe el noble caballero todo lo que se juega en tan loable como arriesgada empresa; nada menos que la ira del rey, quien sañudamente habrá de perseguirle por su desobediencia:



De arriba abajo y de izquierda a derecha del lector:

- 1.º D.ª Jimena, esposa del Cid.
- 2.º San García, Abad del Monasterio de San Pedro de Cardena: El Abad D. Sancho, del Poema.
- 3.º Abengalvón, rey moro de Molina; gran amigo del Cid.
- 4.º El «Obispo D. Jerome»; Don Gerónimo de Perigord, Obispo de Valencia.



De arriba abajo y de izquierda a derecha del lector:

- 1.º Diego Ruiz de Vivar, hijo malogrado del Cid.
- 2.º Martín Antolínez, el «burgalés cumplido», del Poema.
- 3.º Martín Muñoz de Montemayor, Señor de Coimbra.
- 4.º Alvar Fáñez Minaya, sobrino y diestro brazo del Cid.

«Acusado sere — de lo que vos he seruido,
en ira del rey Alfonso — yo seré metido.»

Pero tan fundados temores, no son freno bastante, que le coarten en su resolución, casi heroica en aquellos momentos, de servir y amparar al amigo caído, siendo el intermediario entre el héroe y el matrimonio judío integrado por doña Raquel y don Vidas, quienes convencidos —cosa en verdad difícil, dada la eterna suspicacia judía—, por los hábiles razonamientos de Martín que saben excitar su codicia, se avienen, finalmente, a prestar al Campeador, 600 marcos de oro, suma bien respetable, para con ella poder organizar y mantener su gente, ya que diariamente:

«Acogensele omes — de todas partes menguados.»

El engaño, engaño sólo a medias, pues que estaba por medio la palabra del Cid, oro de buena ley, se consuma hábilmente, y el codicioso matrimonio judío, recibe a cambio de sus 600 marcos de efectiva moneda, dos arcones «de guadamecis vermeyos y clavos bien dorados», muy repletos de arena:

«Dixo Martin Antolínez — carguen las arcas privado.
Llevadlas Raquel e Vidas — ponedlas en vuestro saluo,
yo ire convusco — que adugamos los marcos.
ça mover ha Myo Cid — antes que cante el gallo.»

El simulacro del «burgalés complido», tiene tanto en su ademán como en su rostro noble, la expresión patente de su hombría de bien y dotes persuasivas. Todo en él, es dulzura y reposada calma, pese a la vigorosa y lograda concepción que el escultor ha sabido imprimir al pétreo conjunto. A sus pies —como remembranza adecuada y feliz de sus artes suasorias— se dejan ver los dos cofres, cofres que no habrían de abrirse hasta el cabo de un año; uno y otro bien hinchados de arena, pero a los que avalaba la palabra del Cid, quien, sin embargo, no podía, en su nobleza de alma, transigir más que penosamente con estos no muy limpios manejos, como bien lo demuestran aquellos quejumbrosos versos del Poema que dicen:

«De noche lo lieven — que non lo vean christianos,
vealo el Criador — con todos los sos santos,
yo non tengo mas remedio — y contra querer lo fago.»

MARTIN DE MONTEMAYOR Y DE COIMBRA. — Caballero portugués, yerno del primer conde de Portugal Sisnando, y a la muerte de éste, en 1091, nombrado por Alfonso VI «conde

de Coimbra», dignidad que tan sólo regentó de una manera efímera, ya que tres años más tarde, en 1094, aparece sustituido en el disfrute de tan honroso cargo por Ramón de Borgoña, yerno del rey castellano, postergación que le malquistó con el monarca, y le empuja, seguramente, a sumarse a las filas del Cid, cuyas portentosas y sonadas hazañas, en el asedio y posterior conquista de Valencia, llenaron, por igual, los ámbitos de la España cristiana y mahometana. Es, pues, Martín de Montemayor un retardado en las huestes cidiana, venido a ellas, más por el odio o el cálculo que por afecto noble y horro de interés, pero esto no obstante, no habremos de negar que llegado a las filas del señor de Vivar, le sirvió con denuedo y fortuna.

Aparece su simulacro en apostura guerrera y combativa, sin que estos ademanes desentonen de los detalles y del conjunto de las demás estatuas del «recinto cidiano». Blande, en actitud de herir, la espada del guerrero, la que el artista ha sabido diestramente enlazar a la líneas defensiva del escudo, para así perfeccionar y encuadrar la figura, repleta de apostura varonil y resuelta. Campea sobre este escudo el emblema de la ciudad de Coimbra, para identificar, aún más a las claras, su condición y origen. No se piense por esta su afeción hacia Coimbra, que es Martín de Montemayor un extranjero, ya que en aquellos sonados y remotos momentos, era Portugal y por ende la mentada ciudad, un florón más de la Corona de Alfonso VI de Castilla.

ALVAR FAÑEZ MINAYA.—Sobrino del Campeador, según lo hace constar la «carta de arras» cidiana, y uno de los más famosos guerreros castellanos de su siglo, cuyas hazañas llegaron en muy diversos casos a emular las del tío, pudiéndose, afirmar, en normas generales, que en la vida de este hazañoso y bravo personaje, se entrelazaron en más de una ocasión la historia y la leyenda. Fue Alvar Fañez Minaya señor de Zorita, gobernador de Toledo, plaza que supo defender contra un ejército de más de cien mil hombres; conquistador, entre otra multitud de pueblos no sonados, de Cuenca y de Guadalajara; sabiendo siempre ser el personaje más continua e inseparablemente unido a Rodrigo Díaz de Vivar, al lado del cual le veremos desde los días tristes en que el caudillo, al frente de su escasa pero noble mesnada, se aleja de Vivar, camino del destierro. Los hechos y las gestas de Fañez de Minaya le dieron tal nombradía y fama que merecieron ser cantados en «fablas y en romances», como así nos lo dice el anónimo autor del «Poema latino de Almería», al afirmarnos que Fañez de Minaya era conocido y nombrado por todos.

Cuando el Cid quiere traer a sí a su mujer e hijas para que juntas gocen de la magnificencia del paisaje de aquellas bellas tierras valencianas, conquistadas al filo de su espada y bote de su lanza, elige como su mensajero y a la vez acompañante fiel de las señoras a Minaya Alvar Fáñez:

«Grado a Dios, Minaya, e a Sancta Maria madre.
Con mas pocos ixiemos — de la casa de bivar.
Agora avemos riqueza — mas avremos adelant.
Si a vos ploguiere, Minaya, e nos vos caya en pesar,
enbiar vos quiero a Castilla, do avemos heredades,
all rey Alfonso, mio sennor natural,
destas mis ganacias — que avemos fecho acá,
darle quiero cient cauallos — e vos id gelos llevar,
desi por mi besalde la mano, e firme ge lo rogad,
por mi mugier donna Ximena e mis hijas naturales,
si fuere su merced — quen les dexe sacar.»

La vida de Minaya, héroe de la Alcarria, terror de la morisma, ganador al asalto, de Alcocer, Guadalajara y de otros muchos pueblos, se acaba en 1114, pero su nombre y fama perdurarán por siempre, no tan sólo en las páginas fehacientes de la Historia, sino también entre el cañamazo sutil de la leyenda, que al correr de los siglos encumbra y agiganta los frutos que supo desgajar, por su grandiosidad, del cuadro de la verdad documental y escueta.

Su estatua aparece concebida con toda la prestancia y armonía que de su condición de guerrero indomable y continuo, habrá de deducirse. Sus líneas, un poco más enérgicas y angulosas que las que conforman las restantes efigies, su rostro de expresión concentrada su recia, aunque no luenga barba, la varonil apostura con que parece iniciar la carrera, apoyado en aquella su espada que fue, en tan repetidos casos, terror de la morisma; todo en fin, muestra en este logrado y feliz simulacro, las más nobles y auténticas facetas de la vida y los hechos de uno de los más famosos «homes» de la vieja Castilla, facedora de pueblos. El artista quiso remachar más y más, este su carácter de incansable debelador de la morisma, situando bajo el pie de la estatua, una abultada cimitarra agarena.

He aquí, descritos en verídicas aunque no muy afortunadas pinceladas, los rasgos biográficos y motivos simbólicos que enmarcan y avaloran la vida, la espiritualidad y el ganado recuerdo de un conjunto de nobles personajes, que jalonaron, con hitos memorables, la actuación hazañosa y patriótica de «Myo Cid Ruy Díaz» el que «en buen ora cinxó espada». El intento,

era por su ejemplaridad y su magnificencia, digno de ser narrado por pluma mucho mejor cortada que la mía, pero pese a la mediocridad del narrador, no me arrepiento por haberme atrevido a pechar con la ejemplar empresa, que solamente aspira a fijar un recuerdo y a honrar unas memorias y unos hechos, dignos, por sus merecimientos y su valor patriótico, de grabarse en las mentes de los españoles de ayer, hoy y mañana. En esta evocación pública, completa y en buena lid ganada, que Burgos quiso y logró hacer del hombre más representativo de un pueblo y de una raza, se ensalzan y se elevan, hasta donde en justicia deben ser ensalzados, un grupo selectísimo de entre aquellos contemporáneos que, unos por la sangre, otros por el afecto y todos por el cumplimiento abnegado de un deber, en verdad nada fácil, supieron allanar el áspero y difícil camino a seguir por el Campeador; primero por las sendas estrechas y penosas del destierro y después, por el camino ancho y majestuoso de la gloria, en buena lid ganada (2).

Ismael GARCIA RAMILA

(2) Dos meses después de redactado este artículo y cuando ya casi finalizaba su composición tipográfica en la Imprenta Provincial, nos llega la tristísima e inesperada noticia de la muerte del insigne escultor cuyo inspiradísimo cincel diera honor, fama y vida a estos ocho famosos personajes. Quiere esta nota ser, además de explicación debida, un cálido y póstumo homenaje a la insigne memoria de Joaquín Lucarini, el cual, para su gloria, supo sembrar la amplia geografía hispánica de magistrales frutos de su ingenio y cincel.